
El Culto Colonial

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9105

Título: El Culto Colonial

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 29 de julio de 2026

Fecha de modificación: 29 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Culto Colonial

Muchísimo más que por su porvenir, los pueblos muy jóvenes se preocupan de su pasado. Sin historia aun, a cuyo favor los viejos pueblos, acumulando sus elementos y condiciones de vida más persistentes, han construido lo que se llama tradición, los pueblos nuevos se apresuran a crear una con todo lo escasísimo que sostuvo su próximo ayer.

Es en el arte, en particular, donde se manifiesta ese frenesí por la tradición, fuente perenne de belleza, al decir de sus cultores. Lo verdaderamente noble, hermoso y puro radica y debe beberse en nuestro pasado.

Pero un estilo de fortuna, una modalidad del ambiente, un recurso de vida precaria, no son necesariamente bellos y nobles por la sola circunstancia de haber sido. Cuando no se posee abuelos heroicos, los padres devienen forzosamente héroes. Cuando un pueblo no ha vivido bastante, conglomerara sus elementos no siempre limpios de ayer, y rinde entonces culto a esos pobres despojos con el nombre de tradición.

Esta sed aristocrática del pasado, esta unción por el culto de familia, es lo que lleva a dichos pueblos a erigir en campeón de belleza todo lo transitorio de ayer, todo lo sórdido o insípido olvidado bajo la polilla y el polvo. Podemos estar seguros de que si esos pueblos pudieran contar con dos siglos más en su vida monosecular, las casas coloniales, los guñapos coloniales, los arcones, las mantas, los indios y demás tonterías de ese culto, no hubiera entontecido al noventa por ciento de sus cultores.

La casa colonial es utilísima en los países cálidos y sin poblar, por la disposición de sus patios, corredores y

aposentos. Si una belleza tiene, ella deriva de su perfecto y serio ajuste a las condiciones de vida en un momento dado. La casa colonial era una verdad entonces, y verdad —como todo lo que tuvo un instante su legítima razón de ser— perfectamente muerta e irresucitable.

Las abuelas coloniales, edificando sus casas con corredores anti-halo, comodísimos para la siesta; llenando de tinajas los rincones porque no había agua, y los grandes cuartos de braseros porque no había estufas, no soñaron, ciertamente, que sus casas así distribuidas por necesidad, así decoradas por incultura artística, repletas de chismes contra la sed y el frío, por incultura industrial, no soñaron que todas esas penurias de la habitación constituirían un día un precioso y noble estilo.

Como la casa colonial, esos chismes poseyeron un día la honradez de ser producto del ambiente mismo. Tal tinajón pintado con torpes figuras, tal manta coloreada con monótona violencia, fueron entonces la expresión veraz, sin pose ni farsa, del concepto que del decorado poseyeron sus creadores. Tuvieron, torpes e incultos, lo que no poseemos nosotros: la sinceridad de sentimiento que les hizo edificar, decorar y modelar con su vida, su tierra y su misma sangre indígena.

Ni uno solo de aquellos abuelos comerciantes hubiera tenido el mal gusto de edificar al pleno sol sus quintas desamparadas, un palacete gótico o hindú. El más lerdo de aquellos fabricantes de cacharros, hubiera aligerado de seguida su estilo, de haber alcanzado a conseguir otro. Comerciante y artista indígena cumplieron su vida colonial con honestidad sin par: adaptando el uno sin pretensiones su habitación al medio, tiñendo y modelando el otro con el supremo esfuerzo artístico de que era capaz.

Hoy, en un ambiente trastornado y sin rastros de la seriedad colonial, erigimos en templos de novísimo arte el caserón sombrío, en una ciudad ya ensombrecida hasta las nubes;

teñimos nuestra alma de ingenuidad, al compás de un descuartizado jazz, para decorar cacharros incaicos, mientras nuestras hijas decoran cándidas tinajas con melena garçonne y los ojos embizquecidos por un doble flirt.

Un escritor nuestro nos informa de la melancolía con que un viejo y acaudalado comerciante recordaba su vieja casona colonial del barrio sur, donde crió feliz a su familia instalado ahora en un palacete del norte, y forzado a sobrellevar la vida mundana de su prole, recibe un día la confesión de su hija menor, que no duerme y enloquece por una casa colonial. El padre no cabe en sí de alborozo, pues cree llegado, ¡por fin!, el día de retornar a la vieja casa de la calle Venezuela.

El pobre hombre se equivoca: lo que su hija quiere es, en efecto, una casa colonial..., pero en la avenida Alvear.

Ningún comentario como este episodio expresa la solidez y la finura de nuestro culto de ese arte.

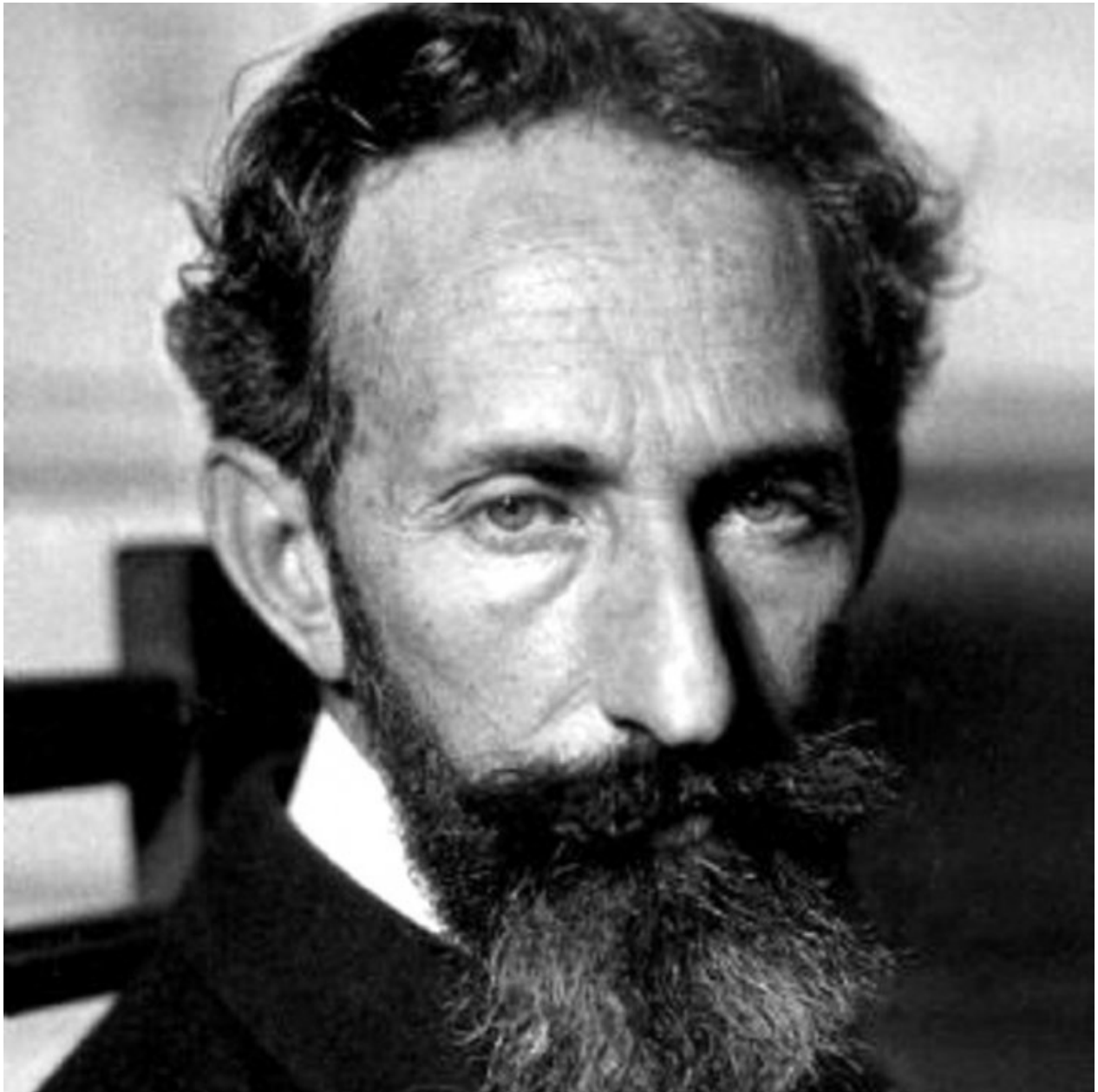
Hemos visto una vez en una opulenta casa colonial un brasero de bronce, muy viejo y muy abollado, cuyas cenizas, para más carácter, se desfloraban todos los días con los dedos, a fin de simular con ello más perfectamente su cotidiano uso. El gran salón se hallaba naturalmente confortado por una riquísima chimenea, con tomas, estrangulamientos y bocas de aire felizmente dispuestos, de acuerdo con los últimos progresos en la materia.

Pues bien: aquel desecho colonial, a dos metros de la roncante chimenea, aquel viejo brasero estéril, inútil y frío desde cien años atrás, cuyas cenizas un mucamo somnoliento encrespaba día a día con sus dedos, encarnaba la más monstruosa farsa con que los inteligentes desviados y los tontos de buena fe, vienen administrando el arte de un joven país.

Cuando todo nos queda por adquirir y hacer, y respondemos cantando de la salud del viejo mundo por el porvenir de nuestra América, estamos alimentando ese porvenir con

espectros tan sólo del pasado. En la amplitud de una estética, puede ese éxtasis ser hermoso, más a modo de una enfermedad mortal. Puede probar buen gusto, como se lo puede tener para morir. Pero mientras no se libre el alma de ese pasadismo consuntivo, y se la vierta entera a hervir y fraguar en el presente, cuanto se cante de regeneración continental, será iluso. Y no quedará sino aguardar que América y su destino se vean total y definitivamente en ruinas, para llorar entonces sobre su recuerdo.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)